

LA IDENTIDAD FRAGMENTADA: DILEMAS DEL ADOLESCENTE ADOPTADO

Trabajo realizado para las XIV Jornadas de AMERPI.A.C.y Grupo TESEO,
9 y 10 de Marzo 2001, México D.F.

Por: **Alina Wasongarz Jinich**

**¿Qué ojo preferirías sacarte,
el derecho o el izquierdo?**

“La adopción es una metáfora interminable del misterio de la filiación y de la transmisión transgeneracional. También es una realidad concreta que fascina por la transparencia que propone y la intrusión que permite en el mundo oscuro del secreto de los orígenes”

M.B. Botbol, J.A.Barriguete, B.Benchetrit

Para entrar directamente al tema de hoy, haré las siguientes afirmaciones: La familia adoptiva enfrenta conflictos y problemáticas específicas en torno a la adopción, y estos difieren de los que experimenta la familia con filiación biológica.

El ciclo vital de la familia adoptiva no solo es diferente en varios aspectos, sino que es más complejo intrínsecamente, y por lo anterior, la adopción complica el desarrollo del niño y del adolescente.

¿Por qué?

Desde el marco social-ideológico, el valor positivo se ha colocado tradicionalmente en la familia nuclear biológica, misma que ha representado el modelo a seguir. No solo no se aceptaban (y en muchos casos siguen sin aceptarse) las diferencias entre familia formada por filiación biológica y adoptiva, sino que se negaban (niegan) de manera contundente. Como consecuencia, muchas conductas de los hijos adoptivos se perciben como desviadas o patológicas. Como consecuencia se entreteje una conspiración de silencio.

En la familia adoptiva existen momentos más vulnerables que en la familia biológica y que ponen frecuentemente en stress al sistema:

La etapa inicial de búsqueda o deseo de embarazo se ve frustrada y se convierte en una etapa que en vez de gozo arroja desgaste físico, emocional y económico a la pareja. Es un período de duelo porque implica pérdidas significativas como: la imagen de uno mismo y de la pareja como capaces de procrear; pérdida del status de padre o madre biológicos capaces de dar nietos biológicos a sus propios padres. Pérdida del hijo biológico que herede genes y características específicas concretas de la familia.

Si los duelos múltiples no se elaboran ¿puede renunciarse al “hijo biológico imaginario”? ¿puede tolerarse la discrepancia entre el hijo “real” adoptado y el hijo soñado e idealizado?...

A raíz de esto, en los padres adoptivos predominan frecuentemente sentimientos de impotencia por no poder resolver de manera sencilla y natural su deseo de maternidad-paternidad. Recordemos que son siempre otros (médicos, agencias, gobiernos, padres biológicos que dejan a sus hijos) los que están en control de hacerlos padres.

Sin duda, la familia formada por adopción, tiene el gran desafío de fincar sus vínculos en la pérdida.

La decisión de adoptar, es igualmente compleja. La esterilidad es muchas veces de un solo miembro de la pareja, así como el deseo de adoptar. Además del fuerte impacto emocional en la pareja, este periodo está acompañado de interminables obstáculos, trámites burocráticos, incursiones en la ilegalidad, y sufrimiento en lo que el proceso de encontrar a un niño para adoptar implica. Los padres adoptivos van a luchar de entrada y constantemente contra sensaciones de no ser buenos padres, asertivos y exitosos. Frecuentemente se sienten padres “ilegítimos”, siempre “vigilados” o “a prueba”, con fantasías de haber robado a sus hijos.

Al lograr la adopción, viene el gran reto de la vinculación, y con ella la muy difícil aceptación, de que el hijo está de entrada relacionado con otra familia, la de origen, a la que se parece físicamente. Es frecuente oír a los padres adoptivos referirse con desdén o cierta ironía o desprecio a “esa la biológica”. El bebé pasa de ser “un producto disponible” a un hijo, y en la transición pierde su nombre original. Los padres adoptivos imaginan que es un bebé (o niño) antes de la adopción y otro diferente –por arte de magia– después de la misma. El inicio del intento de vinculación está fincado en la ruptura, y no en la continuidad. La adopción es en sí, una reconfiguración del sistema familiar: los progenitores y los padres adoptivos siempre compartirán un hijo.

En la familia adoptiva el vínculo depende del “compromiso”, no se asume la conexión de nacimiento (Bohman y Sigvardsson 1982; Brodzinsky et al 1984, Lindstrom 1986).

En la adopción se transfieren los derechos legales para la crianza, pero el vínculo de nacimiento, el vínculo genético no se destruye.

¿Los padres adoptivos reconocen lo anterior?, ¿Al reconocerlo, intentan darle al hijo una continuidad en su identidad, hablando con la verdad y legitimando su origen e historia? ¿Son sensibles al impacto emocional que la adopción tendrá en sus hijos? ¿Están conscientes de que sus vivencias de pérdida tienen un correlato en la vida y psique de sus hijos? ¿Conscientes y aceptantes de que sus hijos perdieron a sus padres originales? ¿Conscientes de que el abandono duele?.. ¿Nuestra cultura y las instituciones involucradas con las adopciones, ayudan a

está sensibilización? Los gozos de la negación son infinitos. Y así, el mito de la adopción como solución perfecta y sin vicisitudes, sigue vigente: a padres estériles, niños abandonados ¿qué mejor combinación?

Jaime, un joven de 22 años de edad, narra como un primer sueño de su frustrado tratamiento analítico lo siguiente: “soñé que estaba en un casino y que me quitaban todo mi dinero. Salía de allí muy angustiado, triste y enojado y descubría que además se habían robado mi coche nuevo. Sufría muchísimo y pensaba en todo el esfuerzo que había hecho para comprarlo”.

Ingrid, una adolescente de 15 años, narra en su segunda entrevista los siguientes sueños: “Mi mamá se cae de una montaña y yo sé que se muere”, en el otro, “unas personitas persiguen a mi mamá, y aunque yo no veo lo que hacen, sé que la matan”. Estos sueños son narrados sin ninguna muestra de afecto, mientras come chocolates.

Frecuentemente, el miedo de los padres adoptivos a que el hijo traiga “mala semilla” es manejado equivocadamente, con intentos de cortar con el pasado y pretender que la familia biológica nunca existió. Desde luego, este corte emocional hace al pasado más poderoso. Los progenitores son para los hijos adoptivos fuentes de identificación aunque sus imágenes estén distorsionadas, difusas o negadas.

Los padres adoptivos se percatan (aunque lo nieguen) que no es suficiente el amor que ofrezcan, para proteger a los hijos del dolor de haber sido abandonados. Viven un constante dilema: hablar del abandono duele. Callar conlleva mensajes que duelen más.

Los padres adoptivos reportan estar abrumados por fantasías de esperar que sus hijos repitan la historia infeliz de sus padres originales, y muchos en el intento de prevenir tal resultado, logran lo que más temen (Brinich 1990): una conducta antisocial y promiscua. Easson (1973) y Brinich (1980) apuntan que los padres proyectan sus impulsos sexuales y agresivos en los hijos y los atribuyen a los padres biológicos (“la mala semilla”), así éstos representan impulsos y objetos reprimidos de los padres adoptivos.

Así, es frecuente que acepten al hijo cuando es bien portado y lo rechacen cuando no. Desde luego, el hijo adoptivo, es un chivo expiatorio idóneo –sobre todo en la adolescencia– para proyectar impulsos parentales reprimidos. Esto impide el desarrollo de una autoimagen positiva y coherente.

Cuando a un hijo adoptivo se le deja solo, sin sostén emocional, para concluir por su cuenta, sobre sus padres biológicos y su historia, su seguridad y confianza se tambalean, y tiende a concluir lo peor sobre su origen y sobre sí mismo.

Estos puntos explorados rápidamente, son apenas el aperitivo. El punto nodal es lo que ocurre en los niños adoptados con la “novela familiar”.

En todos nosotros coexisten simultáneamente sentimientos contrarios:

Amor y odio, cariño y enojo, resentimiento y agradecimiento, envidia y gratitud. Madurar sanamente significa entre otros factores reconocer y aceptar la ambivalencia de sentimientos. Hay un momento en el desarrollo infantil que nuestra estructura mental nos permite integrar en vez de dividir. Entre los 6 y 11 años de edad, los niños viven un fenómeno de la fantasía llamado por Freud “la novela familiar”. Este proceso es un lugar común en la mente de todo niño que comienza a separarse de sus padres. En palabras de L. Kaplan (1986): si bien los niños en el aula y los juegos obedecen las reglas, en la fantasía se ocupan de rectificar las humillaciones de la derrota de Edipo. La novela familiar corrige el final infeliz, los ayuda a manejar ambivalencia y reinstaura los diálogos de amor de la primera infancia. En esta novela el niño no adoptado imagina que fue arrebatado a su verdadera familia y ubicado transitoriamente en casa de padres ordinarios. Sus padres verdaderos junto a quienes habrá de retornar algún día son nobles, grandiosos y gratificantes. Son muy superiores a los padres con los que vive y que conspiran en su contra para ocultar y distorsionar la realidad de la sexualidad y el nacimiento. Sus verdaderos padres –a los que fue robado– le permitirían acceder a todos los secretos y las palabras mágicas.

Esto es en el hijo no adoptado, y por lo tanto, el drama cede ante la única realidad posible: solo tienen una madre y un padre.

Pero en el hijo adoptivo la realidad es que sí tienen otro par de padres aunque no los conozcan. ¿Cómo concilia a la pareja de padres imaginaria con los padres de crianza?. Se pregunta: ¿serán mejores o peores?, ¿se acordarán de mí?, ¿mis padres adoptivos me conservarán o me dejarán como hicieron los otros?...

Kirschner y Nagel (1988), reportaron que un adolescente examinado luego de matar a sus padres adoptivos, dijo “que sintió que ellos eran sus carceleros y le impedían unirse a su madre biológica”. Otro joven al que entrevisté, tenía un cajón lleno de cartas dirigidas a un rico y famoso empresario, donde le decía que él sabía que era su verdadero padre y que algún día se encontrarían.

Las imágenes parentales “buenas” y “malas” tienden a quedar escindidas y unidas a cada par de padres.

Asimismo, el aprendizaje del ser humano como ser sexual, se complica pues queda dividida la sexualidad de la posibilidad de reproducción en parejas de padres diferentes. ¿Seré estéril como mis padres adoptivos o fértil como mis padres biológicos?...

Así, es la adolescencia la que viene a marcar en Edipo el final de los días tranquilos en Corinto. Con la duda introducida por un comensal borracho, –nos explican J.A. Barriguete y et.al (2000)– aparece un primer enigma que lo hecha al camino en busca de sus orígenes y genera un destino trágico para todos los protagonistas de la historia.

La mayoría de los especialistas en el tema, acuerdan que la situación de la adopción hace que el adolescente enfrente tareas psicológicas mayores. Digamos que el material psíquico de un adolescente adoptivo amplifica los mecanismos y problemáticas presentes en todo ser humano a esa edad.

¿Puede defenderse un adolescente adoptivo, del destino trágico de Edipo?..

Siguiendo a Kaplan (1984), pienso que la adolescencia implica el complejísimo drama de pasar de una zona de la existencia a otra distinta. Es una etapa de deconstrucción, construcción y reconstrucción. Una especie de campo de batalla donde el pasado y el futuro se disputan el dominio de la mente adulta que está por emerger. El acontecimiento es sin duda, el destierro de Edipo para que ingrese al mundo social más amplio. Para que domestique y reordene sus deseos infantiles bajo la égida de la genitalidad adulta.

Así, el hijo adoptivo, enfrenta los dilemas adolescentes desde una postura más vulnerable, al igual que su familia: su crecimiento implica ¿separación y autonomía o abandono? , ese cuerpo que se modifica a toda velocidad con el impulso de la pubertad ¿a quién se va a parecer?, Puede despedirse de los padres infantiles ¿de los 4? Inicia además la posibilidad real de buscarlos y obtener más datos de los que conoce. Brodzinsky (1990) informa que el 100% de los hijos adoptivos busca a sus padres originales, algunos activamente en la realidad y otros solamente en la fantasía, pero todos buscan. Buscan, nos explica, para reparar el vínculo inicial y sentirse “conectados”, para aliviar sus sensaciones de desventaja y diferencia, buscan para tener más elementos que le permitan integrar su imagen corporal.

Podrá tener buenas relaciones con sus pares ¿y sentir realmente que pertenece? ¿La pérdida inicial y el miedo subyacente al rechazo y al abandono le permitirán amar plenamente? ¿Cómo puede manifestar agresión si lo que debe de mostrar es infinita gratitud? ¿La gratitud le permite emanciparse?, ¿Contra quién saca el enojo que siente y cómo tolera la familia las conductas provocativas?

Jaime, repetía sesión tras sesión, como su sueño sería casarse y tener hijos: “Debe ser maravilloso sentir que uno tiene una relación de “verdad” con alguien, que sea su familia “de verdad”, de sangre. Alguien a quien tenga yo algún parecido”. Por lo pronto, Jaime pesa 140 Kg, es alcohólico y no toleró la cercanía conmigo, aunque se trabajó desde el inicio, el temor a que yo lo abandonara. No se arriesgó; hizo todo lo posible para que ante sus múltiples ausencias y falta de pago, yo suspendiera las sesiones.

Kirshner y Nagel (1988) cuentan el siguiente sueño de un adolescente: “Yo era una máquina de Pinball. Un personaje rudo entra al local donde me encuentro y empieza a jugar conmigo. Al principio me llena de monedas pero luego rompe mis manijas y me lleva con el dueño original para que me arreglen. No pueden arreglarme y entonces me sacan todas las partes buenas que todavía sirven y lo demás lo tiran al basurero. A mi me abandonan con otras máquinas de Pinball como un pedazo de basura”.

Los juegos transferenciales y las narrativas de la adopción, me dejan aún perpleja. Como apunté al inicio, la adopción es una metáfora interminable del misterio de la filiación y de la transmisión transgeneracional. También es una realidad social concreta que se ve inmersa frecuentemente en una conspiración de silencio. Si a Edipo le hubieran hablado, si al abandono y al intento filicida le hubieran puesto palabras, si los que lo rescataron no hubieran temido a las palabras, Edipo hubiera tenido alternativas para resolver los enigmas sin llegar a ser un parricida incestuoso.

Estoy convencida de que los psicoterapeutas podemos ayudar a que el trayecto y el final no sea trágico ni tan infeliz; que podemos ayudar a ponerle palabras a los silencios y a los secretos. Ayudar a que la identidad no quede necesariamente fragmentada... al borde.

Si se logra reconocer y aceptar que formar una familia por medio de la adopción de hijos es una forma diferente de filiación, que puede enriquecer la vida de todos los involucrados, pero que conlleva un impacto emocional específico, todos: familias, escuelas, casas cuna, gobiernos, terapeutas, tendremos más herramientas para trabajar y apoyar el sano desarrollo de miles de niños adoptados en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA,

Barriguette J.A., Cárdenas Elva, et .al., ADOPCIÓN EN EL SIGLO XXI. Actualidades Internacionales en el Estudio Multidisciplinario de La Adopción en México. Modelo Franco Mexicano. Embajada de Francia y DIF México, 2000

Brodzinsky D. M.D. Schechter et.al. THE PSYCHOLOGY OF ADOPTION Oxford University Press, USA,1990

Kaplan L., ADOLESCENCIA, EL ADIÓS A LA INFANCIA, Ed. Paidós, Argentina 1986

Kirschner y Nagel, ANTISOCIAL BEHAVIOR IN ADOPTEES: Patterns and Dynamics. Child and Adolescent Social Work, Volume 5, No.4 USA 1988 Pipher M., REVIVING OPHELIA, SAVING THE SELVES OF ADOLESCENT GIRLS Ballantine Books. New York 1994

Rosenberg E., THE ADOPTION LIFE CYCLE, Free Press, New York, 1992

Sorosky A. et.al., THE ADOPTION TRIANGLE Anchor Press, New York, 1970

Verrier N., THE PRIMAL WOUND, Understanding the Adopted Child. Gateway Press, Baltimore 1999.

Wasongarz J.A., INTERVENCIONES TERAPEÚTICAS EN FAMILIAS CON HIJOS ADOPTIVOS. Hacia una mejor Comprensión del Ciclo Vital de la Familia Adoptiva. Congreso AMTF, octubre 1999, México D.F.